

LA NOVELA

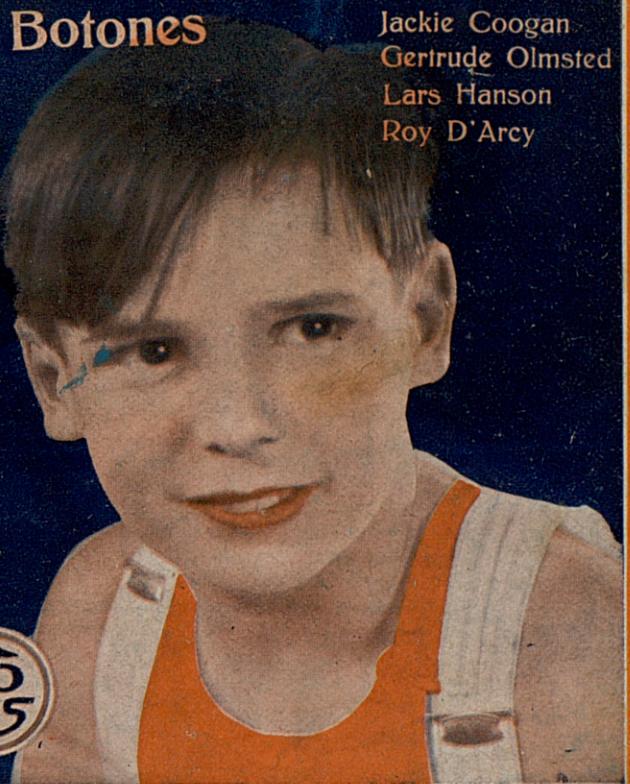


METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA.S.A.

El Botones

Jackie Coogan
Gertrude Olmsted
Lars Hanson
Roy D'Arcy



25
CTS

HILL, George



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año II Publicación Semanal de argumentos

Núm.

68

de películas de
METRO GOLDWYN MAYER

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

EL BOTONES

(BUTTONS, 1927)

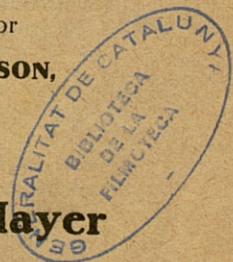
Finsísima comedia interpretada por

JACKIE COOGAN, LARS HANSON,

GERTRUDE OLMSTED, etc.

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer



DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 — BARCELONA

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia — Dr. Dou, 14 — Barcelona

EL BOTONES

Argumento de la Película

Centenares de americanos se aprestaban a regresar desde Southampton a Norteamérica, en el trasatlántico "Queenland", orgullo de la Marina Mercante inglesa.

"Botones" era un huérfano desamparado en busca de ac modo.

El pobre chico se paseaba por el muelle, envidiando a los pasajeros que embarcaban en el gran vapor, pues su mayor ideal era subir a bordo... y quedarse allí para siempre, ya que en tierra firme la vida le resultaba muy difícil.

"Botones" iba mal vestido, porque no tenía una madre que cuidase de él, y el sobrenombre por que se le conocía era debido a la ilusión de chiquillo de llevar numerosos botones, en fila, en su chaqueta.

De pronto, el chiquillo vió llegar al capitán del "Queenland".

Era un hombre muy simpático, fiel cumplidor de su deber y un padre para sus subordinados, aunque un padre muy severo, si no le satisfacía su conducta.

"Botones" adivinó sus buenos sentimientos, y, lleno de humildad, acercósele y le dijo, gorra en mano:

—Por favor, señor, admítame a su servicio.

El comandante del barco, capitán Travers, le miró con curiosidad, sonrió, y después de darle unas palmaditas en el infantil rostro, siguió su camino.

Se le cayó el maletín que llevaba en una mano, y "Botones" precipítose a recogerlo, insistiendo en su pretensión de ser admitido a bordo.

Pero el capitán Travers sonrió nuevamente y no hizo caso al mocoso, embarcando acto seguido.

"Botones" habíase decidido a subir a bordo y subiría, de un modo u otro.

Siguió rondando por sus inmediaciones, buscando la manera de introducirse subrepticiamente en el gran palacio flotante; y he aquí que la vista de la entrada de los pesados equipajes le dió la solución: sentarse en la pasarela, cuando resbalase un bulto, y entrar en la bodega como "suplemento" del bulto en cuestión.

Y dicho y hecho; y "Botones" se vió de pronto, como por arte de encantamiento, en el interior del "Queenland".

Una vez a bordo buscó cauteloso un sitio para esconderse, en la seguridad de que no le descubrirían lo menos hasta que estuviesen bastante lejos de Southampton, es decir, cuando le tuvieran que admitir forzosamente de pinche o de palero, que de todo se creía capaz a pesar de su corta edad; y no encontró lugar mejor que un bote de salvamento.

Pero...

Alguien le había visto en tal maniobra, y una mano peluda, cual una garra, se abatió sobre su cogote, obligándole a salir de su escondite.

El descubridor de "Botones" era nada menos que el mayordomo, un hombre de rostro enjuto y mirada de lince, un verdadero cabo de vara.

El chiquillo, asustado, juntó sus manos, y le dijo:

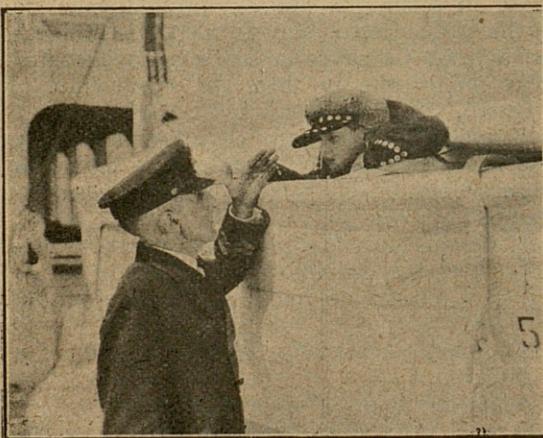
—Déjeme aquí... No peso mucho.

Pero el mayordomo lo sacó del bote, y como el capitán estaba cerca, fué a enterarle de lo ocurrido.

"Botones", al ser presentado al comandante del vapor, no se intimidó tanto como al ver a mayordomo. El capitán Travers le inspiraba una viva simpatía y tenía la absoluta confianza de que no le haría el menor daño, sino todo lo contrario.

El capitán le examinó de arriba abajo con severidad, y al final de su examen, le dijo:
—¿No sabes que es un delito embarcar sin pasaje?

Y el niño contestó, lagrimeándole los ojos:
—Pero, señor, es que yo tenía que entrar



—Déjeme aquí... No peso mucho.

en su barco de cualquier modo. Quiero ser capitán, como usted, algún día.

El comandante Travers sonrió para sus adentros. ¡Ah, golfito, simpático pilluelo! Tenía ideas de grandeza. No estaba mal.

—¿Dónde están tu padre y tu madre? — inquirió en el mismo tono de severidad de juez.

—Soy huérfano, señor — manifestó "Bones".

El mayordomo esperaba, implacable, una orden del capitán para expulsar al chiquillo, pero éste creía que aquél lo que esperaba era poderlo entregar al guardia que se hallaba junto a la pasarela de los pasajeros y del que habíase apartado antes porque le miraba con excesiva atención.

Y dijo, sobresaltado, al comandante:

—¡Por favor, señor, no permita usted que me detengan!

El capitán Travers trazó unas líneas en una hoja de su carnet de bolsillo y entregó el papel a un íntimo suyo que había ido a despedirle a bordo.

La nota decía así:

Escuela Preparatoria Naval - Londres.

Sírvanse matricular a este muchacho para la preparación naval.

Una vez terminada ésta pueden enrolarlo en el trasatlántico "Queenland".

*Capitán Travers
"Queenland"*

Pitó la sirena del barco, anunciando su salida. Se apartaron algunas pasarelas. Era fuerza marcharse antes de que quitasen la última.

"Botones" estaba seguro de que lo iban a llevar a la cárcel, y no sin esfuerzo logró el amigo del capitán hacerlo seguir a tierra.

Y...

Un año después, el "Queenland" zarpaba de Nueva York con rumbo a Southampton.

En la majestuosa nave navegaba un nuevo botones, un auténtico botones de oficio, no un muchacho cuyo vestido estaba cargado de botones.

Y ese chico era el mismo que conocimos un año atrás en los muelles de Southampton, pero con otra ropa y otra cara, cara de estómago sometido a ejercicios a horas fijas, cosa de que antes carecía, además de comida alimenticia.

El "Botones" de ayer se había convertido en un simpático botones que sabía su obligación.

El mayordomo era el mismo, y mucho le pesaba a "Botones" que lo fuese porque, al parecer, la había tomado con él, sin duda no perdonándole la protección que le dispensaba el capitán.

A bordo había una camarera que era una bonifacia. Se contaba de ella que empezó por marearse en el "Queenland" y desde entonces no había recobrado la estabilidad de su cerebro. Sí, vaya, tenía agua en el cerebro.

Esa camarera se llamaba Polly y quería mucho a "Botones", por él que estaría dispuesta a todo en caso de peligro.

Estaban hablando, cierto día, "Botones" y Polly, cuando vieron llegar en dirección a ellos, al capitán con una linda señorita, seguidos ambos de un botones, a las órdenes del comandante, y que, de nombre y de hechos, respondía por Bruto.

"Botones" y Bruto no eran amigos, ni mucho menos. Si antipático le era a Bruto, "Botones", doblemente antipático le era a "Botones", Bruto.

La señorita que acompañaba al capitán, muy bella y joven, era su prometida, con la que Polly había oído decir que se casaría tan pronto regresaran a Inglaterra.

Parecía que se querían mucho, y "Botones", que quería entrañablemente a su capitán, como si de su padre se tratara, sonrió al ver a la pareja tan feliz.

Bruto, al pasar por su lado, dijo a "Botones", al que siempre estaba provocando:

—¡Idiota!

Y "Botones", que no era corto de palabras, le devolvió el piropo del siguiente modo:

—¡Grandísimo idiota!

Y Polly comentó, demostrando su antipatía hacia Bruto:

—¡Hay bobos a quienes el éxito se les sube a la cabeza!

Y añadió, enardeciendo a "Botones", que tenía ganas de comerse crudo a aquel vanidoso sin pizca de urbanidad ni sentido común:

—No te importen sus aires de valiente. El vapor que hace sonar la sirena no haría dar un par de vueltas a las hélices del barco.

El capitán Travers había acompañado a su novia, que se llamaba Ruth, hasta su camarote, y despidióse de ella a la puerta del mismo, diciéndole:

—Tomaremos el te juntos, ¿verdad, querida?

—Sí — contestó, sonriente, la linda criatura.

Cuando "Botones" vió desaparecer a su capitán, salió del ángulo en que se había situado Polly, para pasar ambos inadvertidos por aquél, y se disponía a regresar al puesto de los botones, cuando un pasajero, cuyo porte era donjuanesco... y ridículo, le detuvo, para preguntarle:

—¿Sabes cuál es el camarote de la señorita Ruth Stratton?

—Sí, señor.

—Acompáñame al mismo.

Así lo hizo "Botones", y al dejar al caballero junto al camarote de la novia del capitán, dijo al misterioso personaje, que era un vago internacional capaz de hablar de amor en todos los idiomas del mundo:

—¿Nada más, señor?

—No, gracias, pequeño.

Pero "Botones" insistió:

—¿De verdad no desea el señor nada más? Al fin el vago comprendió y entregó al

muchacho una moneda en pago de su servicio.

Aquel nada más, que "Botones" sabía pronunciar de un modo característico, le proporcionaba buenas propinas.

El caballero de industria, pues no era caballero de otra cosa, llamó con los nudillos a la puerta del camarote de Ruth, la novia del capitán, y apenas ésta hubo pronunciado el "adelante" de rigor, entró en él.

La sorpresa de Ruth fué grata. Sus ojos lo reflejaron claramente.

El vago inclinóse rendidamente ante ella y besó su mano con versallesca distinción. Todos los bribones suelen tener buenos modales.

Ruth exclamó:

—¡Tú aquí, Enrique! No te había vuelto a ver desde nuestra última fiesta en Boston.

—¡Qué quieras, hijita! Cosas de la vida. Hoy estamos aquí... y mañana Dios sabe dónde.

—Eso se aplica, sobre todo, a los espíritus inquietos como tú.

—Mis negocios me reclaman en todas partes. Y puedes figurarte el placer que tuve cuando vi tu nombre en la lista de pasajeros.

—Agradezco tu interés, Enrique, pero no podremos reunirnos más.

—¿Por qué? ¿Te casaste, acaso?

—Todavía no, pero estoy comprometida con el capitán Travers.

—¡Ah! Eso demuestra que eres muy lista... pero eso no ha de separarnos a nosotros.

—El capitán Travers es muy serio, y me quiere mucho...

—¿Ya no te acuerdas...?

Entretanto, "Botones", muy intrigado, se reunía con su gran amigo "Manazas", profesor de gimnasia del barco y ex aspirante a campeón de boxeo, y el cual, a pesar de no haber pisado nunca un ring, hablaba siempre de volver a él para reverdecer sus lauros, y le encontró librándose a robustecer sus miembros con contorsiones al trapecio. Su lema era: Más difícil todavía.

Al ver a "Botones", "Manazas" simuló un gran match de boxeo con el monigote de serrín *ad hoc*, y en el ardor de la lucha le mordía impunemente la oreja izquierda y se le comía la nariz.

Pero una vez, a causa de una distracción suya, "Manazas" recibió el muñeco, al enderezarse, en pleno rostro, y fué derribado en tierra, casi para la cuenta de doble knockout.

"Botones" le admiraba a pesar de sus farronadas, y cuando el terrible campeón se incorporó, recobrado del golpe, le expuso el motivo de su visita a aquella hora de servicio.

—Me parece que va a haber trabajo para tí.

—¿Pasa algo por ahí, muchacho?

—¡Y grande!

—Desembucha, que soy todo *auriculares*.

—Pues, mira: acompañé a un pasajero al camarote de la señorita Ruth, y me parece que ahí hay algo que debe saber el capitán.

—¿Qué clase de pajarraco es ese pasajero?

—A mí me parece un chulo.

—Pues no hablemos más. Si te parece, daremos con su cuerpo en la bodega.

—Debemos obrar con cautela, no fuéramos a cometer una torpeza.

Se pusieron a meditar los dos, pero he aquí que sintieron acercarse al gimnasio al mayordomo, al que llamaban todos "Caraseca", y "Botones", más muerto que vivo con sólo oler su presencia, se escondió.

"Caraseca" entró, en efecto, en el gimnasio, abarcó con la mirada todos los rincones, y no viendo a nadie, preguntó a "Manazas":

—¿Ha visto usted a "Botones"?

"Manazas" sin inmutarse, respondió:

—No, señor; no lo he visto por ninguna parte.

Y "Caraseca" tuvo que seguir buscando a "Botones", sin dar con él, claro está, pues el muchacho se dió maña en regresar en seguida a su puesto, y antes de que volviese "Caraseca" de su visita de inspección por el barco, sonó la campana dando la señal del fin de la jornada.

La tripulación que no estaba de guardia se precipitó a los dormitorios, y mientras se des-

nudaba, "Botones" fué provocado de nuevo por Bruto.

"Botones", prudente, contuvo su furor, y al oír exclamar a Bruto que estaba cansado del servicio en aquel barco, no pudo menos de espetarle:

—¡No sé qué más quieres! ¿Dónde encontrarías un capitán como nuestro capitán, y un barco como el "Queenland"?

Bruto se revolvió contra él al oírle expresarse de tal modo, y exclamó:

—Si no fuera por ese amigo que te proteje te iba a incrustar en la pared, moco.

Y como, de tanto ir a la fuente, el cántaro se rompe, "Botones" se apercibió a la pelea.

—Eso se dice pronto. Lo difícil es hacerlo.

—¡Idiota! Anda, ve y "cómete" a tu capitán.

¡Ah! Ahora sí que la batalla estaba presentada con todos los caracteres de una tragedia. A "Botones" le habían tocado a su capitán, y eso no lo podía él tolerar de Bruto ni de cien brutos juntos.

Y, como un consumado boxeador, se planteó ante su enemigo y le propinó un formidable puñetazo en la mandíbula.

Algunos intentaron separar a los dos contendientes, pero comprendiendo que una paliza les devolvería mutuamente la calma, les permitieron pelearse y los rodearon, aclamando cada grupo a su favorito.

"Manazas" estaba encantado de la forma

de pegar de "Botones" y le estimulaba con esta o parecidas exclamaciones:

—¡No le hagas cosquillitas! ¡Dale duro! ¡Duro!

Y vaya si pegaba duro el tremendo "Botones", a pesar de ser menos corpulento que su adversario.

Bruto hacía, en verdad, honor a su nombre, pero a buen seguro que la hubiera pasado muy mal, de no haber alguien avisado que llegaba "Caraseca".

Inmediatamente, los luchadores y sus respectivos admiradores se precipitaron a sus literas, fingiendo, los unos, leer, los otros, descansar, y los demás, terminar de desnudarse.

"Caraseca" pasó revista a todos de una rápida ojeada, y tanto "Botones" como Bruto se comprendieron al comprobar que al ceñudo mayordomo le había pasado inadvertido el detalle de simular los dos que estaban leyendo una revista abierta al revés.

Y aquella noche no sucedió nada más. Había sucedido ya bastante.

Pero si Bruto no hubiese recibido tanto de "Botones", habría sin duda alguna insistido en que se reanudase la lucha.

Al día siguiente, después de los doce ejercicios diarios de la tripulación, el mayordomo pasó revista a los "botones".

No se detuvo en "Botones", significándole con ello que sabía que el muchacho estaba siempre impecable en cuanto al vestir; pero

sí lo hizo con Bruto, pues la cruz de sus pantalones aparecía al descubierto a consecuencia de la lucha de la víspera.

Indignado, el mayordomo hizo apartarse de la fila a Bruto y designó a "Botones" como ordenanza del capitán Travers hasta que Bruto hubiese encontrado otro par de pantalones o le hubiesen apedazado los rotos.

Ni que decir tiene que "Botones" se rió por lo bajo de la aventura y que Bruto crispó los puños al ver que su rival iba a ocupar su puesto cerca del capitán.



...y designó a "Botones" como ordenanza del capitán Travers...

Orgulloso de estar cerca del comandante del vapor, Juanito presentóse seguidamente ante él y éste le preguntó, sorprendido:

—¿Pór qué no ha venido Bruto?

—Un accidente, señor... Vendrá más tarde. Entretanto, yo tendré el honor de servir a usted.

—¿Te estás portando bien?

—Es mi único deseo que todos estén contentos de mí.

—¡Así me gusta! Todo lo que adelantes ahora te ayudará para ser mañana un capitán.

Un poco después, hallándose "Botones" apostado a un lado de la puerta del despacho del capitán, apareció Bruto para relevarle.

Sulfurado, Bruto preguntó a "Botones":

—¿Eres tú quien ha roto mis pantalones?

—¿Yo? ¡Eso se lo cuentas a tu abuela!

—¡A quien se lo voy a contar, cuando te pille a solas, es a tus carrillos!

—Hablas demasiado...

—Y es más: ahora mismo se lo voy a decir al capitán.

Bruto empujó la puerta, pero la cerró bruscamente. En el despacho se hallaba Ruth con el capitán y... como Ruth era tan bonita y tenía unos ojos tan preciosos... ¿para qué decir más?

"Botones" sonrió y, antes de alejarse, dijo a su enemigo:

—Lamarte tonto sería calificarte demasiado bien. Conque, aliviarse...

* * *

Enrique, el vago internacional, queriendo para sí a Ruth, pareciéndole más interesante desde el momento que supo que estaba comprometida con el capitán del "Queenland", ideó un plan de ataque para rendir la fortaleza.

Llamó a "Botones" y le dijo:

—Recoge una caja de flores que tiene la florista para mí y llevásela a la señorita Ruth.

—Bien, señor.

—Llévásela en seguida.

—¿Nada más, señor?

—Nada más, de momento.

—¿Realmente, no necesita nada más, señor?

—Es verdad... La propina. Toma.

Y le dió una moneda insignificante, el muy egoísta.

"Botones" cumplió el encargo. Recogió la caja de flores y con ella tenía que entregar una carta.

¿Qué diría ésta?

Sí él se atreviera a abrirla, lo cual era cosa fácil, pues estaba casi despegado el sobre...

Le interesaba saber qué clase de amistad sostenían el vridor y la novia del capitán pa-



...y como Ruth era tan bonita y tenía unos labios tan preciosos...

ra defender la felicidad que, a su entender, éste merecía.

Y, aunque sabía que la correspondencia es inviolable, no titubeó en sacrificar sus escrúpulos al anhelo de favorecer, si se presentaba el caso, a su buen capitán.

Acabó de despegar el sobre, sacó del mismo la carta y leyó lo siguiente:

Querida Ruth: Olvídate del capitán. Cuando lleguemos a Southampton nos iremos lejos, muy lejos, y podré volver a ser tuyo sólo.

Enrique

P. S.—Te veré en el baile de máscaras.

“Botones” sintió que toda la sangre de su ser fluía a su rostro, cegándole.

¿Cómo era posible que una mujer tan bonita como Ruth pudiese dar oídas a un sinyergüenza como aquel?

Enteraría a “Manazas” de la gravedad del asunto, y entre los dos resolverían lo que debía hacerse para no permitir que hicieran burla del noble capitán.

Cumplió el encargo de entregar las flores y la carta y, una vez tranquila su conciencia, fué a reunirse con “Manazas” en el gimnasio.

—¡Hola, pequeño! —le dijo el boxeador—. ¿Qué te trae por aquí?

—Ya puedes figurártelo... Lo que yo supuse en seguida...

—¿Has sabido algo más?

—Todo.

—¿Y qué?

—Ese pajarraco quiere birlarle la novia al capitán.

—¡Ah! ¡El grandioso píllastre!

—Tenemos que hacer algo antes de que el

capitán se entere. Piensa algo, chico, piensa algo.

—¡Ya está! ¡Tengo una idea... una idea magnífica!

—¿Cuál?

—Pues... pues... ¡Demonio, se me ha olvidado!

—Piénsala otra vez y ya me avisarás. “Cara-seca” debé andar loco buscándome. ¡Me quiere tanto el ogro ese!

* * *

Faltaban sólo unas noches para llegar a Southampton y el “Queenland” entretenía aquella noche al pasaje con un baile de máscaras.

La oficialidad había estado observando el tiempo, y como la niebla se densificaba por momentos, el capitán Travers renunció a asistir al baile para continuar en su puesto de observación.

Muy a pesar suyo, tuvo que decirle a Ruth, por teléfono, desde su despacho:

—Lo siento, querida, pero me es imposible ir al baile.

Ella hizo un mohín de disgusto y preguntó:

—¿Nos veremos más tarde?

—Me temo que no. El barómetro está bajando y no puedo abandonar el puente.

Y entonces la que parecía una mujer sensata se reveló tal cual era, diciendo al capitán:

—Está bien. Si eso te importa más que yo... Y colgó bruscamente el aparato.

Entretanto, "Botones" daba gracias a la Providencia, que parecía acudir en su auxilio para impedir que Enrique, el vago, fuese al baile, y para entregarlo a los buenos cuidados de "Manazas" como remedio infalible contra el mareo, que era lo que postraba en la cama al "caballero".

"Botones" le proporcionó una bebida refrescante, y cuando el vago se la hubo tomado, le dijo:

—Si me permite un consejo, señor, yo sé algo muy bueno que le quitará el mareo en seguida.

—¡Ay! ¡Me siento malísimo!—gimió el siniestro.

—Si tan mal se encuentra no vacile: pruebe el tratamiento de "Manazas", señor. El ha curado a muchos caballeros que estaban peor que usted.

—Llámale, he de ir al baile y quiero que me cure.

Acudió seguidamente el gran "Manazas" y

entre "Botones" y él condujeron al gimnasio al vago.

¡Lo iban a dejar como nuevo!

Enrique no podía tenerse en pie, y para aliviarle el mareo, "Manazas" no encontró nada más "a propósito" que subirlo a un caballo



—¡Me siento malísimo!

eléctrico y dejarlo allí durante un buen rato.

¡Vaya ejercicio!

Asustado, "Botones" dijo a "Manazas":

—¡Cuidado! Vas a hacerle perder el cerebro.

A lo que replicó el boxeador:
 —No lo echará de menos.
 —Bueno, arréglate tú. Yo tengo que ir a presentarme a "Caraseca".
 —Déjamelo a mí. Ya verás cómo queda el "pollo".

Y, sin piedad, le hizo masaje general, y luego, para compensarle de los cardenales, lo metió en un baño de vapor y le dió varias copitas de licor para que sudase antes el quilo.

—Volveré dentro de quince minutos para sacarlo—le dijo, disponiéndose a salir de allí, donde el calor era excesivo.

Y ocurrió que "Manazas" se durmió y que Enrique perdió el conocimiento en la cárcel de vapor, cuya presión era tanta, que el infeliz se quemaba.

"Botones" vió la catástrofe y fué a avisar a "Manazas".

—¡Ay, mi abuela!—exclamó el profesor de gimnasia. ¡Lo hemos matado!

—Le has matado!—rectificó "Botones". Nerviosamente, "Manazas" colocó a Enrique en la mesa de masaje y lo friccionó, pero el muerto no resucitaba.

Presas de pánico él y "Botones", lo condujeron a su camarote y allí continuaron sus esfuerzos para devolver a la vida al difunto.

De pronto, vieron, con inmensa alegría, que el cadáver se movía y, poco después, lograban reanimarlo por completo.

Al recobrarse, Enrique, olvidando lo suce-

dido, como si saliese de una pesadilla, saltó del lecho y, aunque estaba muy débil, se empeñó en ir al baile.

Vistiése un disfraz de gallo, confeccionado con mucha propiedad, y estaba a punto de salir de su camarote cuando le entregaron una carta.

Enrique trató de leerla, pero como todavía no estaba muy sereno su espíritu, se la dió a leer a "Botones".

Decía así la misiva:

Enrique: Tus palabras acerca de Southampton me interesan. Parece que el capitán Travers prefiere atender su barco antes que nada. Nos veremos en el salón de baile.

Tuya,

Ruth

Y cuando quedaron a solas "Manazas" y "Botones", éste dijo a aquél:

—Esa señorita no juega limpio con el capitán.

—Nada limpio, chico.

—Yo sé cuánto lo sentirá el capitán, pero se lo voy a decir—añadió "Botones", apenado.

* * *

Aquella noche, después del baile, Enrique hizo entrar en su camarote a Ruth y estaba segurísimo de que no saldría de él sin haberle prometido no hacer caso a ningún hombre que no fuera él.

“Botones” se introdujo, para espiar, en dicho camarote, y, dispuesto a que el capitán viese por sus propios ojos la deslealtad de Ruth, comprometiendo su reputación entrevistándose a solas con Enrique en el camarote de éste, dispuso el timbre de alarma de manera que, al calentarse gracias a una estufa eléctrica hasta la temperatura de 80 grados, funcionara automáticamente, como si se hubiese declarado un incendio.

Y el timbre funcionó cuando más acaramelados estaban Ruth y Enrique, y acudió la oficialidad, “Manazas” y Polly, la camarera que había perdido la mitad del seso.

El susto de Enrique fué mayúsculo.

En cuanto a Ruht, se ocultó, para no ser descubierta por el capitán.

Polly, intrigada por la desaparición de “Botones”, a quien había visto entrar en el camarote de Jorge, hizo partícipe de sus temores a “Manazas”, y he aquí que, de súbito, el capitán descubrió a Ruth oculta detrás de una puerta y recibió como una puñalada en el corazón.

Ruth trató de disculparse, pero el digno comandante negóse a escucharla.

Instantes después, oyérонse unos golpes en un mundo y, abierto éste, el cuerpo de “Botones”, pronto a perder la vida por asfixia, rodó por tierra.

¿Qué significaba aquello?

Ni el mismo Enrique sabía cómo explicarse lo ocurrido.

Nadie tenía la culpa de ello, sino el azar, pues Enrique, al cerrar el mundo, no se dió cuenta de que “Botones” se había ocultado en él.

El capitán, apoyado por el mayordomo, sospechó que “Botones” —ya recobrado— había cometido una grave travesura, y como Enrique culpó al chico y a “Manazas” de haber querido asesinarle, los dos fueron encerrados en un calabozo, desesperándose “Botones” ante aquella injusticia.

* * *

Aquella misma noche sucedió lo que durante todo el día temiera el capitán: un choque a causa de la espesa niebla; pero el choque no fué con otra embarcación, sino con un iceberg.

Los trabajos de salvamento se efectuaron con serenidad, gracias a las hábiles órdenes del capitán, y todo el mundo se salvó.

Pero en el calabozo quedaban "Botones", "Manazas" y otro preso.

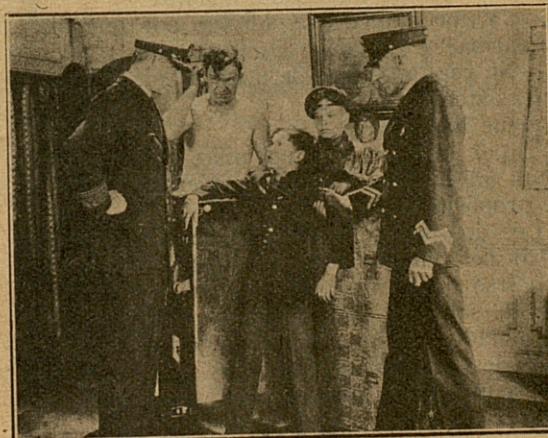
¿Morirían ahogados, abandonados de todos?

No, porque "Caraseca", hombre duro e inflexible en el cumplimiento del deber, era todo nobleza en casos como aquel. El fué quien, a riesgo de su propia vida, abrióles la puerta del encierro cuando el agua amenazaba acabar con ellos.

Ya sólo quedaba en el barco en glorioso capitán. Podía salvarse, pero, ¿para qué vivir después de las amarguras sufridas?

"Botones" se alejaba en un bote con "Manazas" y Polly, entre otros naufragos; pero, sin que nadie pudiera evitarlo, se arrojó al agua y regresó al barco cuando éste se inclinaba siniestramente.

Quería reunirse con su capitán y así lo hizo.



El capitán sospechó que "Botones"...

El asombro del comandante al verle fué inenarrable.

—¿Qué haces aquí?

Y dijo el chico:

—Por favor, señor! ¡No quiero irme!

Quiero quedarme aquí... con nuestro barco...
y con usted, señor.

Emocionado, el capitán estrechó al muchacho contra su corazón y exclamó:

—¡“Botones”, esta acción borra todas tus culpas!

Y, de repente iluminado, añadió:

—; Y me parece que adivino por qué diste la alarma!

—Sí, capitán... Me perdona usted, ¿verdad?
El barco se hundió.

El balcón se llena ¿Qué hacer?

Y por la vida de aquel niño, que le quería como un hijo, el capitán Travers renunció a su propósito de morir.

Los dos nadaron desesperadamente para escapar del remolino que produciría el barco al hundirse definitivamente, y cuando desesperaban de salvarse, "Manazas" y Polly, guiando un flotador, acudieron a recogerlos.

Y desde entonces "Botones" no se separó nunca más de su capitán.

FIN

Esta semana:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario, como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para colecciónar las postales de L. N. S. C. de 1928

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
M A D R I D

B.

